

## CARNAVAL Y TRISTEZAS

Caminaba a paso lento entre la multitud. Las comparsas, los disfraces, los colores y el calor intenso de esa noche de febrero impregnaban todo el reducido espacio de la plaza. La gente reía a borbotones olvidando sin duda sus preocupaciones, aunque fuera tan solo en esos días, tal vez los únicos en el año donde ser feliz estaba permitido.

Y él, entre la gente, se movía sin verlos como si estuviera en un desierto, tan intensamente solo y vacío en su existencia, que parecía invisible para todos.

El diálogo lo mantenía consigo mismo, mientras cruzaba la plaza sin tener en claro la dirección a la que se dirigía. Todo le daba igual y la inquietud sobre su pobre realidad lo llenaba de impotencia. Luego, se observó detalladamente y su propio juicio no le permitió ninguna condescendencia.

Buen tipo creía ser, buen padre, buen esposo, y de más está decir que buen trabajador, en la única e insulsa ferretería del pueblo, en la que la rutina no cambiaba. ¿Para qué mierda había valido esto de ser tan bueno?, se preguntaba una y otra vez Manuel entre tanta gente y su más absoluta soledad.

Casi sin darse cuenta cruzó la calle y el conductor de la moto lo insultó al tener que hacer una maniobra inesperada para no llevarlo por delante. Manuel apenas percibió la situación y sin darse cuenta continuó sin saber hacia dónde.

Inesperadamente alguien lo rozó, ni siquiera levantó la cabeza. Perdón, le dijo un hombre de aspecto elegante, no lo vi, disculpe, continuó diciendo. A Manuel escuchar esa voz lo sacó de su ensimismamiento, levantó la cabeza y lo miró, sus ojos se clavaron absortos en el hombre. A Luis le pasó algo similar cuando al percibir esos ojos claros, lo reconoció con dificultad, pues lo único que quedaba de su amigo de infancia eran esos ojos bonachones de siempre.

Hola Manuel, le dijo, ¿te acordás de mí?, soy Luis, tu compañero de escuela y tu amigo desde el jardín. Manuel, lo observó y cabizbajo le contestó que no, que no lo conocía. Vamos Manuel, ¿cómo no me vas a recordar?, ¿cuántas cosas pasamos juntos?, ¡hacé memoria de nuestras charlas en el secundario!, íbamos a cambiar el mundo con nuestros sueños. Esa última palabra, lo llenó a Manuel de nostalgia mezclada con una tristeza infinita.

Claro que lo conocía, si ambos habían pasado los mejores tiempos de la niñez y la adolescencia, cómo no reconocer a ese hombre en el que el tiempo parecía haberse detenido.

Se avergonzó, hubiera querido desaparecer, que este encuentro jamás hubiera sucedido. Luis se había ido del pueblo hacía tanto tiempo, que creyó que no lo vería nunca más. Sus sueños, parecían haberse esfumado junto a Luis, el verdadero hacedor de las utopías entre ellos.

Vamos Manuel, estoy un poco más viejo, le dijo, los dos lo estamos, pero es imposible que no te acuerdes de mí. Y Manuel esbozó una sonrisa, pensando qué más da. No pudo evitar la situación, justo hoy, en el peor de sus días, en ese que le sería difícil olvidar.

Luis, ahora te reconozco, le dijo. ¡Disculpame, ha pasado tanto tiempo!, ¿hace cuántos años te fuiste?, ¿veinte, veinticinco?, veintiocho, para más precisión, le contestó Luis.

¿Estás solo?, ¿y tu familia?, esas preguntas que no quería que le hicieran justo en este momento, inevitablemente llegaron y Manuel pensó, estoy solo, no ves, solo, sí solo.

Luis, ando solo, le contestó finalmente.

Bueno, después de tanto tiempo sin vernos, tomemos algo en el barcito de la esquina, ¿te parece?, le preguntó Luis y de esa manera por pura casualidad, los amigos de épocas pasadas se volvieron a reunir.

En el bar, la música sonaba suavemente a diferencia de todo el barullo que llegaba desde las calles aledañas, la luz tenue, y las pocas personas que allí se encontraban, generaron cierta tranquilidad en Manuel y se dejó llevar.

Hacía tanto que no entraba a ese bar, no pudo recordar exactamente desde cuándo, pero sí el motivo, el aniversario de casamiento. Eso le recrudeció el dolor.

Se sentaron alejados de la única ventana del lugar, para no ser distraídos por el sonido y las miradas de quienes pasaban por allí.

Los silencios incómodos aparecieron, pero Luis intentó evitarlos como lo hacía siempre, recordó Manuel. Era un hombre sociable, generaba la empatía con todos, aun cuando el mundo podía venirse abajo, él le encontraba algo positivo al momento. Tal vez fue eso, pensó Manuel, lo que lo hizo salir de este insignificante pueblo y volar tan lejos, que él nunca pudo alcanzarlo.

Luis se sentía feliz por el reencuentro, Manuel desorientado. No le gustaba que hubiera sido así de este modo, donde él se sentía tan poca cosa.

Entre cerveza y cerveza, la charla llegó. Luis le contó que solo por pocos días estaba en el país, había venido en diversas oportunidades, la última no hacía mucho, pero por una razón especial. En cambio, esta vez era para ver su familia, fundamentalmente a sus padres que ya mayores le reclamaban continuamente sus prolongadas ausencias. Es que, le dijo a Manuel, no me resulta fácil venir todas las veces que ellos quisieran, mis funciones en la empresa me tienen bastante ocupado y Madrid no está tan cerca, dijo, con una amplia sonrisa.

He estado solo hasta hace poco, continuó diciendo, me separé de mi última mujer y no tengo hijos, pero el trabajo me consume todo el tiempo, soy feliz con lo que hago, pero mucha gente depende de mí y las responsabilidades son tantas que no puedo hacer las valijas y venir aquí como si nada.

Claro, contestó su amigo, te entiendo y entiendo la razón de no haberte visto en tantos años.

Y vos, preguntó Luis, en qué andas, cómo te trata la vida, vivir en este pueblo, sin duda te debe dar la tranquilidad que yo no tengo en la gran ciudad; y Manuel, pensó, qué poco sabe este tipo de mí.

El alcohol hizo que las inhibiciones se esfumaran y las palabras aparecieran como un grito desaforado.

A los veinte me casé, le contó Manuel, mi novia se quedó embarazada, apenas la conocía, pero bueno ... con ese hijo mis sueños, ¿sabés?, se olvidaron, porque todas las obligaciones llegaron, parecido a vos con tu empresa. Al principio me parece que fui un poco feliz, pero luego llegaron tres hijos más y más obligaciones, y la vida se me hizo demasiado aburrida. Quiero a mis hijos, Luis, son lo más hermoso que tengo en esta vida de mierda, pero haber hecho bien las cosas, creo, de nada me sirvió.

Luis, solo lo escuchaba y veía cómo su cara se iba transfigurando mientras el relato continuaba.

Manuel empezó a reírse a carcajadas, mientras pedía otra cerveza. Graciela, se llama mi mujer o más bien mi ex mujer, precisamente desde hoy. ¡Qué loco, hoy que me siento como una bosta, te encuentro a vos, lo que son las cosas! Sabes, Graciela, esa con la que me casé hace más de veinte años, esa a la que le di todo lo que pude, esa que se quejaba todos los días porque siempre le faltaba algo y yo trabajando como un negro para no oír sus reclamos interminables, esa, hoy me dijo que no me ama, que no le produzco nada y después me dijo que alguien había aparecido, diferente a mí, alguien que sí valía la pena, no como yo, un pobre trabajador de una ferretería. ¿Te das cuenta Luis, cómo me siento?, un miserable, una porquería, así me siento. Y te veo justo hoy cuando no hubiera querido hacerlo. Me imagino lo que pensarás, ¿qué paso con el Manuel de la adolescencia?, ese que tenía sueños, que pensaba ser ingeniero, aquí me ves Luis, no tengo nada, estoy solo, hoy más solo que nunca, mis hijos me quieren no lo dudo, pero tienen sus vidas, son grandes y no tienen tiempo para escuchar a un viejo como yo que solo habla de tuercas y clavos.

La situación llevó a Manuel a llorar desconsoladamente abrazado a su viejo amigo y tal vez el alcohol le permitió sacarse un poco, solo un poco, el enojo que llevaba consigo.

Luis no supo bien qué decirle al principio, escuchó atentamente cada detalle y se compadeció de él.

Mirá Manuel, yo no soy el más indicado para hablar sobre mujeres, me casé tres veces y con ninguna fui feliz, pero la vida sigue, entiendo tu dolor, pero todavía hay tiempo para cambiar las cosas, tus hijos siempre te van a necesitar, pero ya son grandes, vos lo dijiste, pueden valerse por sí mismos. Manuel, tu mujer te dejó, es cierto, pero ahora al fin sos libre, te das cuenta Manuel, libre, le dijo Luis, con el mismo tono en el que le hablaba hace casi treinta años, cuando su amigo se dejaba vencer por cosas que a él le parecían que no valían la pena, aunque esta vez no fuera el caso.

Vamos, le dijo a Manuel, vamos, te llevo a la casa de mis viejos, te quedas allí, dormís y mañana seguimos hablando, ¿querés?, Manuel se limitó a afirmar con la cabeza, hundido por la extraña sensación que lo invadía.

A la mañana siguiente, Paula, la madre de Luis, lo despertó pasado el mediodía con el almuerzo. Al principio no supo muy bien dónde estaba, ella le acarició la cabeza y lo tranquilizó. El tiempo parecía haberse detenido como cuando, esta frágil y envejecida mujer, lo mimaba con las ricas meriendas a él y a Luis a la salida de la escuela.

No te preocupes Manuel, le dijo Paula, todo va a estar bien, Luis, me contó sobre tu problema y ya lo vas a solucionar. Y le sonrió como lo hacía cuando jugando a la pelota se lastimaba y la casa de Luis era el refugio para las curaciones, además de los ricos pancitos con jalea de membrillo que compartían entre juegos y deberes.

Las sensaciones que aparecieron en Manuel fueron una mezcla de contradicciones, se cuestionó su presencia allí, era un hombre grande se dijo, y sintió mucha vergüenza. El recuerdo de su mujer y su deslealtad la hizo odiarla profundamente. Y, por otro lado, la presencia de los viejos de Luis y esa casa tan llena de recuerdos lo remontaron a una época que no volvería.

Manuel, Luis tuvo que irse esta mañana temprano, el vuelo se adelantó y no quiso molestarte para despedirse, dormías tan bien, le dijo Paula. Me pidió que te diera esta carta.

Manuel, no supo qué decir, desde el día anterior parecía estar viviendo en un mundo paralelo, donde él era el protagonista involuntario de una situación que jamás había imaginado.

Se sentó y leyó la carta de su amigo: “Manuel, me gustó mucho verte después de tanto tiempo, lamento no haberlo hecho las veces anteriores en las que vine. Por esas cosas de la vida o el destino sucedió ahora.

Sos un gran tipo, no lo olvides. Y como te dije anoche, no si te acordarás, ahora sos libre, animate a volar Manuel, vos podés, andate de este pueblo, este es tu momento, después de tanto tiempo, es tu momento, ¡entendelo por favor!

Tal vez no volvamos a vernos, la vida juega a veces pasadas inexplicables. Me gustó verte, te lo repito, te quiero”.

Leyó la carta nuevamente, antes de irse de la casa de Luis. Se despidió de Paula y de Juan, quienes lo abrazaron fuerte, haciéndoles prometer que volvería a visitarlos. Cruzó la plaza vacía y sucia de guirnaldas y se dirigió a su casa. Entró despacio y el silencio lo atormentó, recorrió las habitaciones, pero ella no estaba, la esperó en vano muchas horas.

Graciela, hacía rato que no estaba allí, Madrid la esperaba con una nueva vida.